



MATRIOSHKAS



SANDRA PATRICIA KEY



Rey, Sandra Patricia

Matrioshkas. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ruinas
Circulares, 2014.

100 p. ; 20x14 cm. - (Torre de Babel / Patricia Bence Castilla)

ISBN 978-987-3613-07-4

1. Narrativa. I. Título

CDD 863

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723
MARZO 2014

Diseño de tapa: Florencia Biondo

Contacto con la autora: milagrosrey@hotmail.com

Fotografía de tapa: Magalí Molina Steffen

Ediciones Ruinas Circulares
Directora: Patricia Bence Castilla
Aguirre 741 - 7º B
(1414) Buenos Aires
E-mail: info@ruinascirculares.com
www.ruinascirculares.com

SANDRA PATRICIA REY

MATRIOSHKAS

(CUENTOS)

COLECCIÓN TORRE DE BABEL

ediciones ruinas circulares

NOTA DE LA AUTORA

Borges solía decir que no hay que enorgullecerse de lo que se ha escrito, sino de lo que se ha leído, en una clara referencia a la práctica del buen leer como un acto artístico en sí. Pero ¿cómo saber cuándo la escritura se convierte en uno? Dice Irene Gruss: *“Empezar a escribir viene porque tenés ganas, porque elegís eso, para expresarte y también para zafar (de la escuela o de la familia), pero no sólo zafar catárticamente. Escribir es una manera de pensar o conversar con vos misma.”*, pero la escritura como oficio es otra cosa, tiene que ver con buscar la voz personal de cada uno.

Si encontrar la propia voz en la escritura es un trabajo y está tan emparentado con la lectura, puedo decir que pasé la mitad de mi vida, trabajando para poder romper el silencio con la mía. Yo también, como otros, creí que me bastaba con escribir para mí. Mentía. Me hacía falta creer que mi escritura podía ser considerada como un objeto artístico. Tuve la suerte de encontrar algo de ayuda en el camino.

Hubo quienes me enseñaron cómo sacar de una piedra, un cisne (*así dice la Yasan, gracias Laura por ese espacio generoso del taller donde aprendí a pulir algunas piedras*); otros cómo es eso de leer para escribir, ensayar una mirada crítica y formar opinión, además de motivarme y ayudarme a encontrar mi camino (*gracias Patricia Somoza por la usina increíble que fueron para mí los talleres a distancia – Iniciación a la Escritura Literaria “Formas Breves I y Formas Breves II”-, de la USAL*); y también quienes me enseñaron, sin saber que lo hacían.

Escribir me permitió conjurar los miedos, encontrar el sentido del sinsentido y creer cuando todo alrededor parece empeñarse en lo contrario. Gracias a mis hijos que no me leen

ni por equivocación, pero creen en mí, gracias a mi coetáneo que me sostiene y me anima, gracias a mis sobrinos que son mis otros hijos, gracias a mis amigos con quienes compartimos la vida. Ellos me devolvieron al camino.

S.P.R

A mi madre

“Y te recuerdo, madre,
como cuando la única luz era tu sombra”.

Jorge Boccanera

“Hay mujeres que le dan nombre a cada cosa y otras que se
expresan sin palabras.
Mujeres que deciden nuestras vidas.
Madres.”

María Teresa Andruetto

“como un juego de cubos infinitos
Una muñeca rusa que guardara en el fondo
los gajos de una flor crecida en una grieta...”

Laura Yasan

“El destino de un cuento, como si fuera una flecha,
es producir un impacto en el lector.
Cuando más cerca del corazón del lector se clave, mejor será
el cuento.

Para ese efecto, el texto debe ser sensible: debe tener la
capacidad de mostrar un mundo, de ser un espejo en el que
el lector vea y se vea”.

Mempo Giardinelli

EL MUERTO

Nadie va a creerme, pero hablé con un muerto. Bueno, en realidad no sé si debería llamarlo muerto o decir que ayer hablé con alguien que se encontraba en un estado intermedio entre la vida y la muerte. Como él me aclaró que tampoco era un resucitado, digamos que era un medio muerto. El tipo venía corriendo por la calle gritando “alguien que me crea, alguien que me crea” y después entendí por qué lo decía, pero no quiero adelantarme. El asunto es que me lo crucé en Constitución, al salir del bar del gallego Julián y puedo asegurar que yo le creí desde el primer momento. Lo juro por mis pibes, que aunque no me den bola son sangre de mi sangre o por lo menos eso creo, y por mi vieja que Dios la tenga en su gloria que ella sí era una santa y no como mi ex mujer que les llena la cabeza. Retomando el asunto, digo que al salir distraído como hago siempre, por mi manía de seguir hojeando el diario, como ahora mismo (“...ayer fueron retiradas dos cruces de hierro de 500 kilos cada una que coronaban las agujas de la iglesia Inmaculado Corazón de María... uno de los crucifijos corría peligro de caerse y el otro fue removido por prevención... las tareas comenzaron después de las 8 de la mañana...pero los trabajos se demoraron debido a las ráfagas de viento...”), al empujar la puerta que es de las que van y vienen de madera, una puerta fuerte, esas de antes, por no mirar, casi me lo llevo por delante.

Digo casi porque lo raro fue que no llegué a tocarlo pero sentí como una especie de descarga eléctrica que me hizo soltar el diario y levantar la vista. Al mirarlo, me encontré con unos ojos de un color indefinible entre verde y amarillo y él me miró a su vez. Con desesperación. Pero ahí nomás, sin darme tiempo a reaccionar, el tipo se desplomó, y enseguida salieron Julián y Beto, el mozo de la mañana. Lo entramos al local, cargándolo entre los tres y lo sentamos a una mesa al lado de la ventana que da sobre la placita. El tipo tenía un huevo en la frente que era una

cosa alucinante, nunca vi nada igual, morado de sangre parecía a punto de estallar y además se le veían unos cuantos raspones en la cara, magullones en los brazos y en la rodilla derecha justo donde tenía rasgado el pantalón. Lleno de un polvo grisáceo, parecía que se le había caído un edificio encima. Beto le acercó un vaso de agua pero él no se atrevió a tomarlo. “Ni muerto”, dijo.

El gallego me hizo una seña girando su dedo índice sobre la sien derecha a espaldas del pobre hombre, como hace siempre que a su entender alguien está colifa, y yo le hice otra dándole a entender que siguiera con lo suyo y que me trajera otro cortado, que yo me ocupaba del asunto. No es que me sobrara el tiempo pero en la agencia, los sábados la gente no viene a apostar hasta el mediodía, y la piba se las arregla muy bien solita, a juzgar por la poca bola que me da cada vez que me insinúa. El tipo miraba para todos lados y recién cuando comprobó que nadie nos daba bolilla, me preguntó si yo le creía. Lo debo haber mirado medio desconcertado porque enseguida pidió disculpas y empezó a llorar y me dijo que nadie iba a creerle, entonces le pedí que se tranquilizara y le dije que me contara, que tenía todo el tiempo del mundo para escucharlo, lo cual tampoco era tan así, pero a esa altura, el tipo me daba lástima. Entonces me contó su historia.

Para empezar me dijo que él estaba muerto, y lo que es peor, perdido. No puedo decirles la sorpresa que me causó escucharlo. No me dio tiempo a preguntar a qué se refería. Entrecortadamente, con la mirada huidiza, yendo del mostrador hacia la calle y la lengua algo estropajosa, me dijo en voz muy baja que en un solo día había perdido el trabajo y la estima de sus hijos que ya tenían más de veinte cada uno. Al parecer, su mujer y la familia lo habían despreciado siempre. Yo cada vez entendía menos. El alcohol había hecho estragos en un cuerpo demasiado flaco, se le notaba un temblor en las manos que no podía controlar, y el olor de un perfume dulzón y barato mezclado con el de la transpiración, era tan penetrante, que por un momento me provocó arcadas.

Olor a cebolla, eso era, pude definirlo mientras renegaba mentalmente contra el mundo entero que había convertido el bar en un lugar libre de humo, y al mismo tiempo trataba de convencer al tipo que un café le iba a venir bien.

Le hice una seña a Beto. A esa altura yo estaba un poco impaciente, el tipo no hacía más que balbucear sin que pudiera interpretar una palabra de lo que decía. Se alcanzaba a entender que decía algo del castigo divino, que nunca tendría que haber pensado en el suicidio y menos en una Iglesia, pero al fin de cuentas él tenía sus razones para haber elegido ese lugar y ese día y no era el primero al que se le había ocurrido. Me contó que con lo que a él le gustaba la música clásica, en su momento lo había impresionado mucho enterarse de aquel director de orquesta que se suicidó luego de una profunda depresión, en el interior de la Catedral de Cristal, en Florida. Tan cerca del maravilloso mundo de Disney, parece que dos horas antes de que comenzara el programa anual navideño, para el que había hecho todos los arreglos, se pegó un tiro. Ni idea tenía yo de la existencia del tal Johnnie Carl.

-¿Sabe?, yo nunca fui a la Florida pero me lo contó hace unos años la colorada Mirta, la mujer que más quise, se lo juro, aunque me haya dejado por un yanqui que la engatusó, ella fue la única que me movió el piso. El tipo se la llevó proponiéndole el oro y el moro y diciéndole que iba a ser una reina. "*Una reina de la cocina*". La puso a cocinar como catorce horas por día sin más franco que el domingo, en un local de comidas típicas que había puesto para los latinos, ahí cerquita de esa catedral. Cómo para que no se la llevara el vivo, hacía las empanadas más ricas, con la carne cortada a cuchillo y pasas de uva. El tipo estaba forrado de verdes y explotaba a todo el mundo, ella se dio cuenta tarde pero no tenía cómo volverse. Me contaba la *Colo* que había una mexicana con la que se hicieron amigas, a la que el yanqui había

rescatado de la frontera, hacía unas *enchiladas* para chuparse los dedos, y una venezolana que hacía las *arepas* verdaderas, no esas que hacen acá en Constitución, aunque debo reconocer que son ricas, ¿las probó?

El tipo parecía culto.

-La verdad que yo no probé las arepas venezolanas, pero si son parecidas a esa especie de pan con forma de panqueque medio saladito por los chicharrones, deben estar buenísimas -dije-, y él enseguida asintió.

Al mover la cabeza, por un momento pensé que se le iba a desprender. Tan deformada tenía la frente que parecía uno de esos personajes que no me acuerdo de qué serie o de qué película eran, pero que tenían la cabeza con forma de huevo. Horribles.

-La colorada fue la que me contó que la catedral era hermosa, toda de vidrio y acero y tenía un crucifijo imponente con un Cristo sereno. En los días de sol parece que se reflejaba en los paneles de la estructura y relucía. "Marcando siempre el sur", me decía ella, y a mí se me hacía un nudo en la garganta, era tan buena y tan espiritual que no merecía morir allí, tan lejos. La acuchilló un drogadicto cuando trataba de convencerlo de entregarse a la policía, después de haber robado unos dólares de porquería del negocio. Por eso, usted me entiende ¿no?...yo me vine hoy a Constitución, dispuesto a terminar con todo, porque cuando me echaron del trabajo y empezaron a pasar los días me empecé a desesperar, nadie me quiere, salvo la Colorada que me pensaba siempre los domingos cuando iba a esa catedral. Por eso, por eso nada más, pensé en algún lugar que me hiciera recordarla y ahí me acordé de la iglesia esa que queda cerca de la calle Lima. Cómo podía saber que Dios me iba a castigar por haber pensado en el suicidio, dejándome así, como un muerto pero dando vueltas por acá, no sé para qué todavía. ¿Usted sabía que a los suicidas se los entra a la iglesia con los pies para adelante como castigo?, por lo menos así nos decían en el catecismo cuando yo era chico, allá en

mi pueblo. Tratando de no pensar en eso, al bajar del tren enfilé decidido para la iglesia, primero me encontré con un vallado alrededor y me pregunté si sería una señal, pero avancé igual. Al llegar me encontré con que estaba cerrada, sería por la hora y porque no era domingo, por eso al no poder entrar me arrodillé en las escalinatas y traté de rezar algo como me acordaba que nos enseñaba el cura. Yo nunca creí en los curas pero alguna vez creí mucho en Dios y en todas esas cosas de la fe, de la felicidad, de la vida eterna más allá de esta vida, pero me fue tan para la mierda que ya no creía en nada, hasta hoy, mire lo que le digo. Yo trataba de pedirle a mi vieja que me ayudara a ser valiente por una vez en la vida y me dejara terminar con todo el sufrimiento, ella seguro que está en el cielo porque era una santa.

Como la mía, pensé, pero seguía sin entender qué le había pasado al tipo y ya me habían llamado del negocio para preguntarme si iba a tardar mucho porque había más gente que de costumbre, parece que todo el mundo había soñado lindo porque había jugadas y jugadas y no le daban respiro a la empleada. No tiene muñeca la piba, es lo que digo siempre, hay que saber atender a la gente. A los vecinos del barrio y a los de paso que son muchos más todavía, les gusta contar sus sueños y pedir consejo para ver a qué número le juegan. El asunto es que así como cualquiera sabe que la caída es el cincuenta y seis, o el muerto que parla como este tipo, es el cuarenta y ocho que entre paréntesis me tengo que acordar de jugarle a la cabeza y a los diez, nadie sabe en cambio que si se sueña con mierda hay que jugarle al setenta y uno por el excremento, pero sin olvidarse del noventa y uno que es la letrina. Menos todavía se conoce que cada número tiene un doble significado, sí, además de los sueños, está la correspondencia con los animales, y por supuesto el cuarenta y ocho es el loro, qué otro podía ser, pero quién sabe que al noventa que es el miedo le corresponde también el vampiro, que en realidad debería ser el murciélago.

-... pero yo no escuchaba nada, ni adentro ni afuera mío y eso que seguía arrodillado como me decían de chico, que es la única manera de demostrar arrepentimiento, o de que te humillen como yo siempre digo, y con los ojos bien cerrados. Estaba cansado y reconozco que había tomado mucho, usted no se lo diga a nadie pero el vino fue la mayor desgracia de mi vida, tanto que por un momento me quedé como dormido, y entonces soñé que Dios se me aparecía y me decía que si me mataba iba a arrepentirme, después se levantaba un viento enorme y se escuchaban como unos rugidos, unos golpes espantosos y gritos, muchos gritos y al mirar hacia el cielo como implorando al barbudo, dos cruces enormes bajaban desde lo alto hacia mí...entonces todo se puso negro y yo quería escapar, pero yo no podía moverme, *hijo, hijo corre, corre por favor*, distinguí que alguien gritaba en el sueño y también me pareció escuchar otra voz que gritaba *está muerto, está muerto*, un ruido tremendo y después silencio y qué pasó me pregunta, no sé, acá me tiene, muerto pero al parecer todavía perdido, dando vueltas. ¿Usted me cree no?

Yo le creí pobre tipo, lo juro, la verdad que había logrado mi atención de tal manera que en un primer momento no entendí cuando empezó a gritar, yo estaba de espaldas a la puerta y no vi cuando entraron, todos juntos, los de la guardia de auxilio y los de la ambulancia. Además lo subieron tan rápido que no pude ni siquiera preguntar qué estaba pasando y me quedé en la vereda con cara de no entender nada.

(Una noticia de último momento en relación a la remoción de los crucifijos de la tradicional iglesia del barrio de Constitución, indica que las ráfagas de viento registradas en la zona, hicieron que un joven operario perdiera el control de la grúa que trabajaba a ochenta metros de altura...).

El tipo estaba convencido de estar muerto y pedía por favor que no se lo llevaran, mientras cerraban las puertas se seguía escuchando su voz, implorando.

Cuando la sirena dejó de escucharse, me di cuenta que el gallego estaba hablando con un pelilargo con cara de susto, le palmeó la espalda y cuando se fue se acercó sin poder parar de reírse, justo cuando Beto me preguntaba si podía cobrarme el cortado que había quedado servido y ya estaba frío.

(...uno de los brazos elevadores se disparó sin control hacia el campanario, provocando el desprendimiento de un importante trozo de mampostería, causando gran alarma al caer sobre un hombre que se hallaba en las escalinatas del frente, cuya presencia pasara inadvertida al comenzar el operativo...)

El tipo estaba convencido de estar muerto, eso es seguro, todavía me parece escucharlo decir que se había arrepentido, que le dieran una oportunidad, que nunca más iba a pensar en el suicidio.

-Hombre, deja el periódico de una vez y mira, somos famosos, estamos en las noticias tú, Beto, hala, despábilate y ve a traer otro café, la casa invita.

Cerré el diario y mientras esperaba el café, me vi en la pantalla, con cara de no entender nada, tal como yo decía, y al gallego que caminaba hacia mí sin parar de reírse.

(...las tareas finalmente concluyeron con éxito, habiendo sido trasladado el hombre aún no identificado a un nosocomio cercano, donde se lo está evaluando por las heridas sufridas que no serían de consideración, luego de haber sido hallado en estado de shock en un bar cercano a la Estación).

Pobre tipo. Juro que yo le creí.

EXTRAÑOS (una escritura palimpsestosa sobre “El malentendido”)

*“He comprendido que hay dos verdades,
una de las cuales jamás debe ser dicha.”*

Albert Camus

Veinte años habían pasado. Cuando se fue era casi un niño y no le costó la partida, o quiso creer que no le costó. Su futuro no estaba en esa Europa cada vez más vieja, en ese continente donde todos están cada vez más solos, donde hay millones de personas que envejecen sin darse cuenta y defendiendo una libertad que los esclaviza. Solitarios y grises como el paisaje, así eran en su aldea. Así son.

Detenido frente al hotel, con su mochila al hombro, observó esa fachada gris y sintió frío. Era invierno en esa zona del noreste del país y había partido cuando su patria tenía otro nombre. Checoslovaquia. No era esta otra tan independiente como él, que pese a serlo y por esas paradojas del destino, volvía para intentar ser parte de una familia que ya no existía. Su padre había muerto y sentía el deber de hacerse cargo de su madre y de su hermana, de acercarlas a esa felicidad que él había alcanzado en un país tan lejano como distinto, donde el sol se regala.

Sabía que sería difícil, desde que llegó al aeropuerto se sintió más extranjero en su tierra que en aquella otra que sin preguntas lo había acogido como una madre. La suya en cambio era una sombra en su memoria y era mayor el temor de no reconocerla al de no ser reconocido. Su patria no había cambiado solo de nombre, había cambiado de lugar. Tenía desde hacía mucho tiempo extensas playas, otro color de piel, otro olor, flores perfumadas y coloridas y muchísima vegetación. Marcia y su Bahía natal eran ahora su patria y su familia, ella y su vientre redondo acompañándolo en ese viaje de regreso.

Desde que supo que iba a ser padre la necesidad empezó a crecer, él había cambiado su destino y sentía que era hora de ayudar a cambiar el de su madre y su hermana. Emílie era una niña cuando él marchó y no lograba imaginarla ahora. Sus años eran casi los de Marcia, se preguntaba si tendría como su esposa, esa alegría y esa mirada limpia de la juventud.

Johan se decidió a cruzar la angosta calle, como un turista. Un extranjero, como se sentía en su propia tierra. Había dejado a Marcia instalada en el hotel que más comodidades ofrecía en la zona, ella insistió en acompañarlo después de hacer noche en Ostrava, la capital regional de Moravia-Silesia, que él casi no reconoció de tan moderna e industrial cuando salieron a caminar por la tarde. No hubo forma de convencerla para que se quedara en la ciudad y por su parte no quiso escuchar lo que ella le aconsejaba, nada era tan simple y él no se sentía capaz de explicar lo que sentía, ni siquiera a la única persona en el mundo con la que había logrado intimidad.

Entró en el hotel, modesto y oscuro, lo primero que llamó su atención fue descubrir sobre la pared, detrás del mostrador y colgados muy altos, la bandera nacional de esta desconocida República Checa para él que era la misma que tenía la Checoslovaquia de su partida y descascarado, pero brillantes los colores, el escudo de la región. Su patria infantil con el águila negro que representa Silesia sobre un fondo amarillo en la parte superior, a su derecha el águila a cuadros rojos y blancos de Moravia y en la parte inferior, a la izquierda de un recorte con los colores de la bandera, ese caballo blanco con su dos patas alzadas con el que tantas veces soñó en su infancia irse lejos, recortado contra el azul de un cielo imaginario y una franja verde simbolizando la

tierra. El escudo de su padre. El que su madre le dijo prefería tirar antes que él se lo llevara.

Tan abstraído estaba que el buen día en su propio idioma le sonó desconocido, ajeno, tanto como esa mujer que mecánicamente le preguntaba si viajaba solo, una mujer vestida de negro que parecía evitar mirarlo. Su madre. Le dijo brevemente que sí, que necesitaba alojamiento por un par de días, que vivía en el extranjero y había regresado para arreglar algunos asuntos. No se atrevió a decir negocios. ¿Por qué era que había vuelto? Él sí la miró con atención. Vio a una mujer vieja y cansada. Entonces se dijo que quizás Marcia tenía razón, que debía decir la verdad. ¿Pero cuál era la verdad? Que él había vuelto para intentar cambiarles el destino porque muerto su padre, era su deber, o que en verdad él también estaba muerto para ellas hacía largos años y por eso era tarde para hacerlo.

La madre no había reconocido a Johan y en realidad, tampoco él había reconocido a su madre en esa mujer que ahora intentaba tranquilizar a Emílie, asegurándole que el hombre iba a volver. El extranjero en su tierra, en su hogar, en su patria, iba a volver, pese a que ella en realidad no tenía ya ganas de matar de nuevo. Iba a volver y ellas harían lo suyo, como lo habían hecho antes. Ya no le importaba porque también ella hacía tiempo que solo pensaba en la muerte. Lo hacía por Emílie, su hija siempre había estado a su lado y para ella en cambio la felicidad estaba en otra parte, bien lejos y si se quedaba en el pueblo no lograría alcanzarla. Dios se había olvidado de su felicidad y por eso ella se había convertido en Dios. La vida y la muerte. Morir al quedarse y volver para morir. El destino parecía estar trazado.

Marcia se había acercado hasta el hotel, él la había visto y por eso salió intempestivamente, se olvidó del escudo, del recuerdo infantil, de la aridez de su madre, de su patria, de la

felicidad y la verdad. O al revés, recordó. Pensó que quizás Marcia tenía razón y él debía entrar y decir quién era y que había vuelto para llevarlas, para que compartieran su felicidad. Pero cómo decirlo si no lo habían reconocido, si se sintió un extraño, un intruso, más extranjero que cuando se encontraba tan lejos de allí. Una noche, solo una noche se quedaría, se lo prometió a Marcia que lejos de estar convencida que estaba haciendo lo correcto, se alejó después de abrazarlo. Eso decía su destino. Una sola noche más y todo terminaría.

Entró presuroso pensando en la mala impresión que podía haber causado, cuando advirtió la presencia de un hombre reparando algo en la recepción. Le preguntó por la dueña, pero el hombre lo miró y pareció que no entendió su pregunta, entonces se preguntó si sería que ya no pronunciaba bien su propia lengua. Cuando iba a repetir la pregunta, sonó a sus espaldas otra voz de mujer, más fría y distante que la de su madre, preguntando si era el pasajero. Eso era. Un pasajero. Lo pensó mientras giraba la cabeza para ver a su hermana. Fue ella quien tomó sus datos, un nombre que no era el suyo, su estado civil y dirección. Fue ella quien no miró el pasaporte que le hubiera ahorrado decir la verdad. Fue ella quien lo trató en forma indiferente, evitando toda familiaridad. Su hermana, que era joven aunque su aspecto se empeñara en demostrar lo contrario. Tampoco ella lo había reconocido.

Mientras Emílie le iba indicando las comodidades que podían ofrecerle, sin que él pudiera encontrar un rastro de aquella niña de largas trenzas que jugaba al fondo del salón, el día de su partida, por un momento pareció que buscaba desanimarlo. La calefacción algo vetusta, la poca provisión de agua caliente, la estrechez de los cuartos individuales, todo lo enumeraba con desgano y al decirle que igual se quedaría, lo hizo acompañar por aquel hombre que parecía mudo hasta

una habitación del primer piso, donde al entrar, sintió frío de nuevo. Pero no le importó, en ese mismo momento había decidido que al día siguiente diría la verdad y quiso pensar que ellas se alegrarían con su regreso, sin importar que no les hubiera dicho quién era y con la propuesta de llevarlas lejos.

Sin embargo algo lo inquietaba y pareció dudar. Pensó en Marcia sola en un cuarto de hotel y en lo que ella había dicho y sí era verdad. Jamás habían pasado una noche separados. Cuando casi había cambiado de opinión, tocaron a la puerta, Emílie le alcanzaba una taza de té que él no había pedido. Un malentendido sin dudas. Alcanzó a explicarle que el hombre que tenían para todo servicio era sordo y que había entendido que eso era lo que quería. Cumpliendo su destino, aunque en ese momento no lo supiera, lo cierto es que Johan tomó la taza de té, decidiendo que luego se iría. Era lo mejor. No estaba dispuesto a pasar la noche sin Marcia.

Cuando las dos mujeres entraron en la habitación, el extranjero en su propia patria y familia, no el hijo y el hermano, sino el extraño, estaba profundamente dormido. Después de revisar la billetera y sacar su dinero, cargaron el cuerpo entre las dos. Esas mujeres que no conocían de abrazos, tenían fuerza suficiente para llevarlo hasta la represa y arrojarlo, aún vivo, igual que habían hecho con tantos otros hombres solos y ricos. Hombres de paso. Extraños. Esta sería la última vez, se dijeron.

Emílie no sabía cómo explicarlo, pero se había levantado sintiéndose feliz, nunca le había costado menos un asesinato, ya no era la sensación de libertad que experimentaba como Sísifo durante un breve instante y junto a la represa, cuando luego de arrojar el cuerpo, lo veía sumergirse y desaparecer de su vista, hasta tener que comenzar de nuevo, eligiendo otra víctima. Había sido la última vez y por eso se sentía libre de verdad, tanto que no se quedó en esa oportunidad para ver

cómo su hundía. También ella lo hizo cumpliendo su destino, aunque jamás lo sabría. Casi podía imaginarse corriendo por esas playas de las que le había hablado el extranjero mientras lo vencía el sueño. Por el contrario, la madre amaneció sintiendo mucho cansancio y el corazón seco, podía palpar la alegría de su hija, pero esa mañana le costaba compartirla. Trató de explicarle que había dejado de ser joven hacía mucho tiempo, que ese era su lugar y que ya no tenía sueños, pero ella no parecía comprenderla.

A Emílie no le importó el sentimiento de su madre y para no escucharla más, la dejó ir, mientras limpiaba el cuarto llena de energía, le pidió al criado que se deshiciera de los papeles del pasajero que se habían caído, no había alcanzado a recogerlos. Era tanta la felicidad que sentía que por un momento no entendió las señas que le hacía, si le había dicho que lo quemara como tantas veces antes, por qué esa insistencia para que mirara el documento, se preguntó. Lo tomó instintivamente y entonces solo pudo sentir rabia. Nada más que rabia sintió mientras gritaba el nombre de su madre para que ella misma leyera el nombre de Johan. El hijo. El hermano. Y en ese momento odió al extraño que le arrebatava una vez más su libertad. Esta vez para siempre.

Nada consiguió con pedir y suplicar, el corazón de su madre, cansado y seco había sentido de nuevo el dolor. Otra vez había perdido a su hijo. No lo había reconocido y por eso su lugar estaba en el fondo del río, para limpiar su rostro de algas y de espanto, con las mismas manos con que había sostenido sus pies al lanzarlo a la muerte, sin saber. Así no habría más malentendidos, ni más dolor.

Cuando Marcia llegó al hotel, la alarmó el silencio y la asustó la oscuridad, no le importaba si Johan había dicho la verdad, la sabrían por su boca, era la única manera de recuperar su

propia felicidad, la que peligraba desde que la culpa los había llevado a esa tierra gris que solo parecía querer expulsarlos. Al presentarse, creyó que esa mujer que le estaba gritando a la cara otra verdad, enloquecía. ¿Qué decía? Johan estaba muerto, su madre no pudo con la culpa y ella los odiaba por haberla dejado sola. Esta vez para siempre.

El viejo que no era sordo a las voces de esas mujeres que lo habían ayudado, reconoció la voz de Emílie, la desterrada en su propia patria, escuchó sus blasfemias y su confesión. Al asomarse apenas por la puerta de atrás vio su cuerpo sacudido por la rabia girando sobre sí y corriendo hacia donde él estaba. Fue un instante, pero al hacerlo a un lado, lo miró y en sus ojos vio algo parecido al espanto. Entonces sí pudo escuchar otros gritos de mujer invocando a Dios y al entrar vio a una joven desamparada en su dolor, tendiendo los brazos como pidiendo ayuda y fue al acercarse a ella, casi al mismo tiempo, que llegó desde afuera, enmudeciendo todo, el ruido seco del cuerpo al caer al fondo del pozo.

Cuando Marcia aún lloraba, sin creer en lo que el destino les había deparado tan lejos de su tierra, esa que tenía desde hacía tanto tiempo el color y el olor de Johan, escuchó su voz. Tan clara que temiendo enloquecer, llevó las manos a sus oídos, apretó con todas sus fuerzas y al darse vuelta, vio su cara desolada y su cuerpo tembloroso, empapado. Entonces corrió hacia él. Ya no había hijo, ni extraño. Dios la había escuchado.

Ediciones Ruinas Circulares

Título

“MATRIOSHKAS”

-cuento-

Se terminó de imprimir en

BENGRAF

AGUIRRE 741 - Bs. As. - Argentina

en el mes de MARZO 2014